

BUDA, EL PROFETA

Hace mucho tiempo en el norte de la India, cerca del Nepal, vivía un rey llamado Shuddodan.

Una noche su mujer, la reina Maya, tuvo un sueño maravilloso. Soñó que mientras dormía era llevada por ángeles celestiales a una casa de oro en lo alto de una colina verde en las montañas. Una vez allí la reina Maya fue bañada y aseada y tendida en una cama de suave seda. Mientras yacía tendida en la cama apareció como si de un sueño se tratase un maravilloso elefante blanco que tenía seis colmillos y llevaba en su trompa una flor de loto. El elefante se acercó a la reina y, al tocar su costado izquierdo un bebe entró en el vientre de la reina. La reina despertó de su sueño y excitada fue al rey a contarle lo sucedido la noche anterior.

Escuchando con atención y asombro el rey convocó a todos los sabios y ministros de la corte para que interpretaran el increíble sueño. Los sabios le comunicaron que el sueño indicaba que una gran personalidad iba a nacer en poco tiempo. " El niño que nacerá llegará a ser una gran personalidad", dijeron. "Será un gran profeta religioso o un gran rey". Así hablaban los sabios de la corte.

Y así, justo como habían dicho, a los pocos días nació un bebe del costado derecho de la reina, un bebe que podía mantenerse de pie y hablar justo después de haber nacido. Los brahmanes y hombres santos de la corte reconocieron treinta y dos marcas auspiciosas en el cuerpo del recién nacido. Sus lóbulos eran grandes y largos, y en las líneas de las plantas de los pies vislumbraban una rueda de ocho ejes. Confirmaron que estos eran los signos de una gran personalidad.

Los reyes llamaron a su hijo Siddhartha, que significa "aquel que trae bienaventuranza". Desde que nació Siddhartha era amable y gentil. No tomaba parte en los juegos bruscos de los otros niños y pasaba la mayor parte de su juventud en silencio contemplativo o hablando con sus mascotas. Incluso los ciervos salvajes comían confiados de su mano. El rey mientras tanto protegía por todos los medios a su hijo del mundo exterior y del sufrimiento que allí había. Se aseguraba de que Siddhartha crecía feliz y sin ninguna preocupación en los confines del palacio.

No fue hasta los veintinueve años que Siddhartha dejó el palacio por primera vez. Cuando paseaba por la calle en su carroza que siempre cuidaba de pasar por lugares protegidos, bellos y libres de cualquier visión que pudiera desagradar al príncipe, Siddhartha pudo ver en un callejón un hombre. Caminaba despacio y agachado sobre si mismo y tenía una gran joroba en la espalda. Lleno de arrugas el viejo se mantenía de pie con un bastón de bambú.

Atónito ante tal visión, Siddhartha observaba con gran curiosidad y asombro. Entonces, en los mismos callejones espía a otro hombre. Este yacía tendido en un balcón en una simple estera y gemía de dolor y agonía. El príncipe sintió estremecer el dolor en su corazón por primera vez ante tal sufrimiento. Pero, al ver un cuerpo sin

vida, tendido y cubierto por sábanas y rodeado de familiares que gritaban y lloraban, sin cesar, Siddhartha casi enloqueció de curiosidad.

En ese momento pasaba por allí un monje errante. Siddhartha aprovechó y preguntó atónito a aquel monje para que le diera una explicación. "¿Qué es lo que he visto, sadhu? ¿Cuál es la razón de tales ocurrencias?"

El hombre santo le explicó al príncipe que lo que acababa de presenciar era la vejez, la enfermedad y la muerte. Todo aquel que nace encuentra estas tres facetas de la vida en algún momento u otro, tarde o temprano.

Siddhartha decidió en ese momento que tenía que encontrar alguna razón, alguna solución quizás a aquellas terribles ocurrencias que momentos antes había visto. Así pues, cuando volvió al palacio resolvió convertirse en un ermitaño y dedicarse a la meditación y de esta manera buscar las respuestas a todo aquel sufrimiento.

Sin hablar a nadie dejó el palacio y marchó al bosque. En el bosque Siddhartha practicó severas austeridades y meditaba sin cesar. Se abstuvo de comer durante largos periodos de tiempo. Aun así su mente no encontraba la paz que buscaba y seguía atormentada. Finalmente, decidió que privarse de comer no era la austeridad adecuada y no le llevaría a encontrar las respuestas que buscaba. Así abandonó sus austeridades y se aseguró de comer ni mucho, ni poco. Comía lo justo para sustentar su cuerpo. También dormía lo justo, ni demasiado, ni poco, emprendiendo así un camino medio en la paz de su meditación y vida diaria en el bosque.

Un día, mientras Siddhartha permanecía en profunda meditación silenciosa bajo un árbol, encontró la paz profunda que buscaba y las respuestas que durante tanto tiempo había perseguido en su meditación. Desde entonces se le conoce como "Buda" (el despierto). En este día, Buda alcanzó la iluminación.

A raíz de su gran humildad, Buda no se sentía cualificado para enseñar su conocimiento a otros. Pero entonces, en una visión, el dios de la creación, el Señor Brahma, le pidió a Buda que tuviera misericordia y que compartiese su sabiduría con otros.

Así Buda se mezcló entre la gente y predicó.

Buda enseñaba que todo dolor y sufrimiento nacía del deseo, y así si uno quería liberarse del sufrimiento, debía librarse de todo el deseo egoísta. Buda enseñó también la práctica de ahimsa, la no violencia.

"Debemos amar y respetar a todos los seres vivos", instruyó, "y de esta forma desenvolver la sabiduría a través de la bondad y la compasión".

Buda reunió a miles de discípulos, y su fama como líder y profeta espiritual se extendió más allá de las fronteras de la India. Él pedía a sus seguidores que no comiesen carne. Así Buda evitó la matanza inútil de animales inocentes en toda la India y en el resto del mundo. Al llegar a la edad de ochenta años, el mismo día en

que nació y alcanzó la iluminación, Buda regresó, por su propia voluntad, al mundo espiritual.

Hoy en día budistas de todo el mundo celebran este día con un gran festival. En templos y altares de todo el mundo la bella imagen de Buda es adorada, ofreciéndole incienso, flores, oraciones y cantos sagrados.